

Solo el Cid habia osado pretender de Alfonso este juramento, y el rey no se lo perdonó jamas. Hasta en los consejos se oponia á menudo el héroe á lo que opinaban el rey y sus consejeros : á uno de estos, que era monje, le habló en los términos siguientes :

¿ Quién vos mete, dijo el Cid,
En el consejo de guerra,
Fraile honrado, á vos agora,
La vuesa cogulla puesta?
Subid vos á la tribuna
Y rogad á Dios que venzan,
Que non venciera Josué
Si Moises non lo ficiera :
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras,
Y el rey sosiegue su casa
Antes que busque la ajena,
Que non me farán cobarde
El mi amor, ni la mi queja,
Que mas traigo siempre al lado
Á Tizona que á Jimena.
— Home soy, dijo Bermudo,
Que antes que entrára en la regla,
Si non venci reyes moros
Engendré quien los venciera,
Y agora en vez de cogulla,
Cuando la ocasion se ofrezca,
Me calaré la celada,
Y porné al caballo espuelas.
— ¡ Para fugir, dijo el Cid,
Podrá ser, padre, que sea,
Que mas de aceite, que sangre,
Manchado el hábito muestra!
— Calledes, le dijo el rey ;
En mal hora, que non en buena,
Acordásevos debía
De la jura y la hallista.
Cosas tenedes, el Cid,
Que farán fablar las piedras,
Pues por cualquier niñería
Flacéis campaña la iglesia. —
Pasaba el conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el rey, por facer mestura,
Acompañóla á la puerta.

Este consejero importuno fué desterrado inmediatamente de los dominios del rey por un año :

Tú me destierras por uno,
Yo me destierro por cuatro. —
Ya se de-pide el buen Cid,
Sin al rey besar la mano,
Con trescientos caballeros,
Esforzados fijosdalgo ;
Todos son hombres mancebos,
Ninguno hay viejo ni cano ;
Todos llevan lanza en puño
Con el hierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado.

Conforme al derecho de los Castellanos, se retiró á combatir por su cuenta y riesgo, tomó á los Moros muchas fortalezas que cedió generosamente á Don Alfonso, y puso sitio en Valencia al rey de Toledo. Aunque valiente, el Cid

conocia la dificultad de la empresa, y dirigió por lo tanto á Jimena este adios :

Si de mortales heridas
Fincáre muerto en la guerra,
Llevadme, Jimena mia,
Á San Pedro de Cardena :
Y así buena andanza hayades
Que me fagades la huesa
Junto al altar de Santiago.
Amparo de lides nuevas.
Non me curedes plañir,
Porque la mi gente buena
Viendo que falta mi brazo
Non fuya y deje mi tierra.
Non vos conozcan los Moros
En vuestro pecho flaqueza,
Sino que aquí griten armas,
Y allí me fagan obsequias :
Y la Tizona que adorna
Esta mi mano derecha,
Non pierda de su derecho,
Ni venga á manos de fembra.
Y si permitiere Dios
Que el mi caballo Babieca
Fincáre sin su señor,
E llamáre á vuesa puerta,
Abridle y acariñadle
Y dadle racion entera,
Que quien sirve á buen señor,
Buen galardón del espera.
Ponedme de vuesa mano
El peto, espaldar y grevas,
Brazal, celada y manoplas,
Escudo, lanza y espuelas ;
Y puesto que rompe el día
Y me dan los Moros priesa,
Dadme vuesa bendicion
Y fincad en hora buena. —
Con esto salió Rodrigo
De los muros de Valencia
Á dar la batalla á Búcar.
¡ Plegue á Dios que con bien vuelva!

El único hijo varón de Rodrigo habia muerto en el campo de batalla ; y sus dos hijas, Doña Elvira y Doña Sol, se casaron, por quererlo así el rey, segun hemos visto, con dos infantes de Carrion. El escaso valor de estos se conoció cuando, habiéndose escapado un leon de la jaula, entró en la sala del banquete en Valencia. Los dos esposos se escondieron, mientras que Bermudo, sobrino predilecto del Cid, echó mano á la espada.

Aquí dió una voz el Cid,
Á quien como por milagro
Se humilló la bestia fiera,
Humildosa y coleando.
Agradecióselo el Cid,
Y al cuello le echó los brozos,
Y llevóle á la leonera
Faciéndole mil falagos,
Aturdido está el gentío
Viendo lo tal, no catando
Que ambos eran leones,
Mas el Cid era el mas bravo.

Los dos condes se mostraron aun mas cobardes cuando, habiendo llevado consigo sus esposas hácia Carrion, no bien llegaron á un bosque las desnudaron, las azotaron villana-

mente, y las dejaron atadas de aquel modo á unos árboles. Á sus gritos acudió gente, y no dignándose el Cid castigar por sí mismo el ultraje, lo hizo su sobrino Bermudo. Los dos condes hufan ante él ; y el héroe castellano les habla así por boca del romancero :

— ¡ Atended á la mi fabla,
Alevs yernos del Cid,
Cobardes como traidores,
Que siempre es cobarde un vil !
¿ Homes buenos seís vosotros ?
Non sois, sí, canalla ruin,
Que el Cid en sus fechorias
Da demostracion de sí.
Non fuyáis, alevs condes,
Que non vos valdrá el fuir,
Que es águila la venganza
Cuando el agravio es nebli.
Un home solo os va en zaga,
Non fuyáis, facelde huir ;
¡ Mas es la razon gigante
Que se acompaña con mil !
Volved, que non me desmayan
Las espadas que ceñís.
Que el Cid las cubrió de sangre,
Pero vosotros de orin.

Los reos, citados ante las Córtes, tuvieron que aceptar el duelo. Bermudo, Antolínez y Bústos, campeones del Cid, sacaron de la silla á sus adversarios, los desarmaron y obligaron á pedir la vida, quedando sin embargo como infames y condenados al destierro y á la pobreza. Principes de sangre real aspiraron á la mano de las dos hijas del Cid, el cual recobró sus dos espadas imprudentemente dadas á los yernos, y las halló muy doradas por fuera y muy sedientas de sangre por dentro.

Llegó la fama del Cid
Á los confines de Persia,
Cuando andaba por el mundo
Dando razon de quién era,
Y como lo oyó el Soldan,
Y supo bien la certeza
De los hechos del buen Cid,
Un presente le apareja.
Cargó copia de camellos
De grana, púrpura y sedas,
Oro, plata, incienso y mirra,
Con otras muchas riquezas,
Y con un pariente suyo,
De los de su casa y mesa,
Le envia al Cid el presente
Diciendo d'esta manera :
— Dirás á Ruy Diaz el Cid,
Que el Soldan se lo encomienda,
Que de sus nuevas oir
Le tenga grande querencia,
Y por vida de Mahoma,
Y de mi real cabeza,
Que le diera mi corona
Solo por verle en mi tierra :
Y que aquese don pequeño
Reciba de mi grandeza,
En señal que soy su amigo,
Y lo seré hasta que muera. —
El Moro tomó el camino,
Y en poco llegó á Valencia,
Pidiendo licencia al Cid
Para hablarle en su presencia.

El Cid salió á recibirlo
Antes de saltar en tierra,
Y cuando lo viera el Moro,
De verle delante tiembla.
Empezó á darle el recaudo,
Y como á darlo no acierta
De turbado, el Cid le toma
La mano y así dijera :
— Bien venido seas, el Moro,
Bien venido á mi Valencia :
Si tu rey fuera cristiano,
Fuera yo á verle á su tierra. —
Con estas y otras razones
Á la ciudad ambos llegan,
Adonde los ciudadanos
Ficieron muy grande fiesta.
El Cid le mostró su casa,
Á sus fijas, y á Jimena,
De que el Moro está espantado
Viendo tan grande riqueza.
Estúvose algunos dias
El Moro holgándose en ella,
Hasta que se quiso ir,
Y pidió para ir licencia.
En retorno del presente
Que del Soldan recibiera,
Otras cosas le envia el Cid,
Las cuales allá no hubiera.
Despedido que fué el Moro,
Rodrigo con su Jimena
Se quedó y con sus dos fijas
Dando á Dios gracias inmensas.

El poeta hace hablar así al héroe en el lecho de la agonía :

Bien sé, mis buenos amigos,
Que en tan duro apartamiento
No hay causa para alegraros,
Y hay mucha para doleros ;
Pero mostrad mi enseñanza
Contra los adversos tiempos,
Que vencer á la fortuna
Es mas que vencer mil reinos.
Mortal me parió mi madre,
Y pues pude morir luego,
Lo que el Cielo dió de gracia,
Non lo pidáis de derecho.
No muero en tierras ajenas,
En mis propias tierras muero,
Cuanto mas que siendo tierra
Es propia heredad del muerto.
No siento al verme morir,
Que si esta vida es destierro,
Los que á la muerte guiamos
Á nuestra patria volvemos.
Tan solo llevo en el alma
Que en poder de un rey vos dejo
En quien vos podrá empecer
Ser mios, ó ser ya vuestros.
Que trate bien mis soldados,
Pues le defienden sus reinos,
Y crea á piernas quebradas
Mas que á sabios consejeros.
Que traiga siempre en balanza
El castigo con el premio,
Que la lealtad de vasallos
Virtud pone, y pone miedo.
Que estime un noble leal
Mas que muchos falaguñeos,
Que de muchos homes malos
Non puede facer un bueno ;
Y á quien menester hubiere,
Nunca le faga denuestos,
Ni pague servicios propios

Por pareceres ajenos.
Y non fablo de agraviado,
Antes le quedó debiendo,
Que las sinrazones suyas
Fueron mis merecimientos.

Tampoco debian faltar milagros á la muerte
del héroe :

Muy doliente estaba el Cid,
De trabajos muy cansado,
Cansado de tantas guerras
Como por él han pasado.
Nuevas le fueron venidas
Que le ponen en cuidado,
Que el rey Búcar, fuerte moro
Sobre Valencia ha llegado.
Treinta reyes trae consigo,
Valientes son y esforzados;
Con mucha gente de guerra,
De á pié son, y de á caballo.
Echado estaba el buen Cid
Sobre su cama acostado;
Pensando estaba cuidadoso
En fecho tan afamado,
Suplicando á Dios del cielo,
Que siempre esté de su bando,
Y de peligro tan grande
Con honra le saque á salvo.
Cuando el Cid no se cató,
Un hombre vido á su lado,
El rostro resplandeciente,
Como crespo y relumbrando,
Tan blanco como la nieve,
Con olor muy sublimado:
Dijole: — ¿ Duermes, Rodrigo?
Recuerda y está velando. —
Dijole el Cid: — ¿ Quién sois vos
Que así lo habéis preguntado?
— San Pedro llaman á mi,
Príncipe del apostolado:
Vengo á decirte, Rodrigo,
Cosa que no estás cuidando,
Y es que dejes este mundo;
Dios al otro te ha llamado,
Y á la vida que no há fin
Do están los santos holgando.
Morirás en treinta días,
Desde hoy que esto te fablo.
Dios te quiere mucho, Cid,
Y esta merced te ha otorgado;
Y es que despues de tu muerte
Venzas á Búcar en campo.
Tus gentes habrán batalla
Con todos los de su bando,
Y esta será con ayuda
Del apóstol Santiago.
Tú, Rodrigo Campeador,
Faz enmienda á tu pecado,
Porque muerto que tú seas
Á la gloria seas llevado,
Que Dios por amor de mí
Ha todo aquesto ordenado,
Porque honraste la mi casa,
Do Cardeña era nombrado. —
Cuando lo oyera el buen Cid
Gran placer habia tomado;
Saltó luego de la cama,
De rodillas se ha postrado
Para besarle los piés
Al buen apóstol sagrado.
Dijo San Pedro: — Rodrigo,
Aqueso es ya excusado,
Que á mi no podrás llegar,
No te trabajes en vano;

Mas ten por cosa muy cierta
Aquesto que te he contado. —
Esto dicho, el santo spóstol
Á los cielos se ha tornado:
Rodrigo quedó contento,
Alegre y muy consolado,
Dando á Dios erecidas gracias
Por lo que le habia otorgado.

Y espira, y la musa popular le llora :

Las obsequias funerales
Celebra Doña Jimena
De Rodrigo de Vivar
En San Pedro de Cardeña,
Juntamente con sus hijas,
Á quien el Cielo hizo reinas,
Satisfaciendo el agravio
No debido á su inocencia.
Pone el cuerpo en una tumba,
Mas que su esperanza negra,
Y así llorando le dice
Como si vivo estuviera:
— ¡ Oh amparó de los cristianos!
¡ Rayo del cielo en la tierra!
¡ Azote de la morisma!
¡ De la fe de Dios defensa!
¡ No sois aquel que jamas
Os vieron la espalda vuelta
Los disfrazados amigos
Que causaron vuestra ausencia?
¿ No sois el que desterrado
Por palabras lisonjeras
Allanó para su rey
Mil castillos y fronteras?
¿ No sois vois quien sujetó
Á la ciudad de Valencia,
Y el que venció en seis batallas
Sin alma mil almas fieras?
¡ Ay amarga soledad,
Cómo el sufrimiento enseñas
Á sufrir contra justicia
Tan penosa y triste ausencia!
No pudo pasar de aquí
La madre de la nobleza,
Que sobre el cuerpo cayó
Desmayada, ó casi muerta.

Las victorias del Cid Campeador no terminan
ni aun con la muerte :

Muerto yace ese buen Cid
Que de Vivar se llamaba;
Gil Diaz, su buen criado,
Cumpliera lo que mandára.
Embalsamára su cuerpo,
Y muy yerto se paraba;
Cara tiene de hermosura,
Muy hermosa y colorada;
Los ojos igual abiertos,
Muy apuesta la su barba.
Non parece que está muerto,
Antes vivo semejaba;
Y para que esté derecho
Este ardid Gil Diaz usaba.
Puso el cuerpo en una silla,
Una tabla en las espaldas,
Y otra delante del pecho,
Y á los lados se juntaban;
Llegaban bajo los brazos,
Y el colodrillo tapaban.
Esta era la de atras,
Y otra llegaba á la barba,
Teniendo el cuerpo derecho

Á ningun cabo inclinaba.
Doce días son pasados
Despues que el Cid acabára;
Aderézanse las gentes
Para salir á batalla
Con Búcar, ese rey moro,
Y contra la su canalla.
Cuando fuera média noche
El cuerpo así como estaba
Lo ponen sobre Babieca,
Y al caballo lo ataban.
Derecho está y muy igual,
Estar vivo semejaba,
Calzas tiene en las sus piernas
De blanco y negro labradas,
Parecian brasonetas
De las que en vida calzaba;
Vistiéronle vestidura,
Que el pospunte se mostraba,
Y su escudo puesto al cuello
Con su divisa ondeada;
Capellina en su cabeza
De pergamino pintada,
Parece que era de fierro;
Segun está bien labrada.
En la su mano derecha
La tizona le fué atada
Sutilmente, á maravilla
Iba en la su mano alzada.
De un cabo iba el obispo
Don Jerónimo de fama,
Del otro iba Gil Diaz,
El que á Babieca guiaba.
Salió Don Pedro Bermúdez
Con seña del Cid alzada,
Con cuatrocientos fidalgos,
Que con él van en su guarda:
Saliera luego el recuaje,
Otros tantos lo guardaban;
Saliera el cuerpo del Cid
Con gente muy esforzada,
Ciento son los guardadores,
Que el cuerpo honrado llevaban,
Tras él va Doña Jimena,
Con toda la su compañía,
Con seiscientos oaballeros,
Que para guarda le daban:
Callando van, y tan paso
Que veinte no semejaban.
Ya están fuera de Valencia,
Claro el día se mostraba:
Álvar Fañez fué el primero
Que arremetió con gran saña
Contra el gran poder de moros,
Que Búcar trae en su compañía.
Halló delante de sí
Una Mora muy gallarda,
Gran maestra en el tirar
Con saetas del aljaba
De los arcos de Turquía;
Estrella era nombrada
Por la destreza que habia
En el herir de la jara.
Ella fuera la primera
Que á caballo cabalgára
Con otras cien compañeras,
Muy valientes y esforzadas.
Los del Cid las fieren recio,
Muertas en tierra quedáran.
Visto los habia el rey Búcar
Con los reyes de su banda,
Y quedan maravillados
En ver la gente cristiana.
Setenta mil caballeros
Les pareció que llegaban,
Todos blancos como nieve,

Y uno que los asombraba,
Mas crecido que ninguno,
En blanco caballo andaba,
Cruz colorada en el pecho,
En su mano seña blanca;
La espada semeja á fuego
Con que á los Moros llegaba:
Gran mortandad face en ellos,
Fuyendo van que no aguardan.
El rey Búcar y sus reyes
El campo desamparaban;
Camino van de la mar
Do los navíos estaban.
Los del Cid los van firiendo,
Ninguno habia de escapa;
En la mar se ahogan todos,
Mas de diez mil se anegaban,
Que con la prisa que traen
Todos juntos, no se embarcan.
De los reyes mueren veinte,
Búcar huyendo se escapa;
Los del Cid ganan las tiendas
Con mucho oro y mucha plata,
El mas pobre queda rico
De lo que ende ganára.
Caminan para Castilla,
Como el buen Cid ordenaba;
Llegados son á San Pedro,
De Cardeña se nombraba,
Do quedó el cuerpo del Cid,
El que á España tanto honraba.

La musa popular prosigue cantando todas
las empresas, por cuyo medio la nacion se
restaura; fiel al rey, sabe, no obstante, alguna
vez expresar el descontento de los grandes,
como cuando Alfonso quiso imponer cinco ma-
ravedises á cada noble. Tres solo quedaron con
el rey; los demas se reunieron en la llanura
de la Gleza :

El pecho que el rey demanda
En las lanzas lo han atado,
Envíante á decir
Que el tributo está llegado,
Que envíe sus cogedores
Y luego será pagado;
Mas que si él va en persona
No será desacatado,
Pero que enviase aquellos
De quien fuera aconsejado.
Quando aquesto oyera el rey
Y que solo se ha quedado,
Volvióse para Don Diego,
Consejo le ha demandado.
Don Diego, como sagaz,
Este consejo le ha dado:
— Desterrédesme, señor,
Como que yo lo he causado,
Y así cobraréis la gracia
De los vuestros hijosdalgo. —
Otorgó el rey el consejo;
Á decir les ha enviado
Que quien le dió tal consejo
Será muy bien castigado,
Que hidalgos de Castilla
No son para haber pechado.
Muy alegres fueron todos,
Todo se hubo apaciguado;
Desterraron á Don Diego
Por lo que no habia pecado;
Mas dende á pocos días
Á Castilla fué tornado.

El bien de la lealtad
Por ningún precio es comprado.

Sevilla fué la residencia de los sucesores de San Fernando hasta Pedro el Cruel, del cual se olvidaron la seguridad y libertad que proporcionó al país, para no recordar sino los excesos á que le arrastraron sus violentas pasiones. Se casó con Doña Blanca de Borbon, reina de Castilla, de edad de quince años, y á los pocos días la arrojó de su lado y la encerró en el castillo de Medina. El romance deplora su infortunio :

Doña Blanca está en Sidonia
Contando su historia amarga :
Á una dueña se la cuenta
Que en la prisión la acompaña.
— De Bordon, dice, soy hija ;
De Carlos, delfin, cuñada,
Y el Rey de la flor de lis
Pone en su escudo mis armas.
De Francia vine á Castilla,
¡ Nunca dejara yo á Francia
Y al tiempo que la dejé
El alma al cuerpo dejara ;
Pero si pueden desdichas
Venid á ser heredadas,
Segun desgraciada soy,
Hija soy de la desgracia.
Caséme en Valladolid
Con Don Pedro, rey de España ;
El semblante tiene hermoso,
Los hechos de tigre hircana.
Dióme el sí, no el corazon,
¡ Alevosa es su palabra !
Rey que la palabra miente
¿ Qué mal habrá que no haga ?
Posesion tomé en la mano,
Mas no la tomé en el alma,
Porque se la dió primero
Á otra mas dichosa dama ;
Á una tal Doña Maria
Que de Padilla se llama,
Y deja su mesma esposa
Por una manceba falsa.
Por consejo de los grandes
Le ví una vez en mi casa ;
Ocho dias estuvo en ella,
Cien mil há que d'ella falta.
Caséme en un dia aciago,
Mártes fué por la mañana,
Y el miércoles enviudaron
El tálamo y la esperanza.
Dile una cinta á Don Pedro
De mil diamantes sembrada,
Pensando enlazar con ella
Lo que amor bastardo enlaza :
Húbola Doña Maria,
Que cuanto pretende alcanza ;
Entrególa á un hechicero
De la hebrea sangre ingrata ;
Hizo parecer culebras
Las que eran prendas del alma.
Y en este punto acabaron
La fortuna y mi esperanza.

Maria Padilla pidió también la sangre de la reina, y el poeta canta de este modo su muerte :

Doña Maria Padilla,
N'os mostréis tan triste vos,

Que si me casé dos veces
Hicelo por vuestra pró,
Y por hacer menosprecio
Á esa Blanca de Borbon,
Que á Medinasidonia envió
Á que me labre un pendon.
Será el color de su sangre,
De lágrimas la labor.
Tal pendon, Doña Maria,
Yo lo haré hacer para vos. —
Llamó luego á Inigo Ortiz,
Un excelente varon :
Dijole fuese á Medina
Á dar fin á tal labor,
Respondiera Inigo Ortiz :
— Aqueso no lo haré yo,
Que quien mata á su señora
Face aleve á su señor.
El rey d'aquesto enojado
Á su cámara se entró,
Y á un ballestero de maza
El rey su ordenanza dió.
Aqueste vino á la reina
Y hallóla en oracion.
Cuando vido al ballestero,
La su triste muerte vió.
Aquel le dijo : — Señora,
El rey acá me envió
Á que ordenéis vuestra alma
Con aquel que la crió,
Que vuestra hora es llegada,
No puedo alargalla yo.
— Amigo, dijo la reina,
Mi muerte os perdono yo :
Si el rey, mi señor, lo manda,
Hágase lo que ordenó.
Confesion no se me niegue,
Porque pida á Dios perdon. —
Con lágrimas y gemidos
Al macero enterneció,
Y con voz flaca temblando,
Esto á decir comenzó :
— ¡ Oh Francia, mi noble tierra !
¡ Oh mi sangre de Borbon !
Hoy cumplo diez y siete años
Y en los diez y ocho voy :
El rey no me ha conocido,
Con las vírgenes me voy.
Castilla, di, ¿ qué te hice ?
Yo no te hice traicion.
Las coronas que me diste
De sangre y suspiros son ;
Mas otra tendré en el cielo,
Que será de mas valor. —
Y dichas estas palabras
El macero la hirió :
Los sesos de su cabeza
Por la sala los sembró.

Los romances siguen cantando la venganza que cayó sobre Don Pedro, el cual pereció á manos de su propio hermano Enrique de Trastámara ; y tienen también una lágrima para Doña Maria, culpable, pero cuyo afecto era sincero y que murió de dolor.

Cubriendo los bellos ojos
Muerte, amor, silencio y sueño.

La fidelidad de los grandes á la estirpe de Don Enrique se expresa en un romance, donde Juan I está próximo á caer en poder del enemigo, perdida la batalla y muerto su caballo.

En aquel momento se le acerca un anciano caballero y le dice :

Si el caballo vos han muerto
Subid, rey, en mi caballo ;
Si en fin no podéis tenervos,
Llegad, subirvos he en brazos.
Poned un pié en el estribo,
Y el otro sobre mis manos ;
Catad que cresce el gentío :
Magüer fine yo, salvadvos.
Un tanto es blando de boca,
Bien como á tal sofrenadlo ;
Non vos empache el pavor ;
Dalde rienda y picad largo,
Lo que sembrastes en mí
Vos lo torno mejorado,
Que nunca la buena tierra
Negó el fruto ningún año.
Nos vos obligo en tal fecho
Nin me fincáis adendado,
Que tal escatima deben
Á los reyes sus vasallos :
Y si es verdad lo que digo,
Non dirán los Castellanos
En oprobio de mis canas
Que vos debo et non vos pago ;
Nin las dueñas de Castilla,
Que á sus maridos fidalgos
Dejo en el campo difuntos,
É salgo vivo del campo.
Ménos causa tuvo Enéas,
Pues quando fizo otro tanto,
Tan solo salvó á su padre,
Y al padre de todos salvo.
Pero si en la lid sangrienta,
Por la dicha del contrario,
En vuestro servicio, rey,
Finco yo fecho pedazos,
Á Diagote os recomiendo ;
Catad por aquel mochacho :
Sed padre é amparo suyo,
É Dios sea en vuestro amparo.
— Esto dijo el montañés,
Señor de Hita y Buitrago,
Al rey Don Juan el primero,
Y entróse á morir lidiando.

La toma de Granada fué el último acto de la tragedia que se había ejecutado por tantos siglos en España. Entónces pareció difundirse nueva vida en la poesía popular para celebrar los hechos, tanto de los Cristianos como de los Moros ; y los romances alusivos á ellos y á la discordia de los Abencerrajes y Zegries abundan en fantasía, en sublime ternura, en colorido oriental, hasta el punto de colocarse entre los mejores de esa rica nación y de todas las demas. Los Abencerrajes, cuya existencia solo tiene en su apoyo á la poesía, eran la mas noble y valerosa tribu del reino ; y mientras que los Zegries se conservaban fieles á la parte árabe, y por no hacerle traicion pasaron á África, los Abencerrajes se acercaron á los Cristianos, y fueron exterminados por temor ó por envidia.

En el siguiente romance se encuentran la imaginación y la frivolidad orientales :

— ¡ Abenámara, Abenámara,
Moro de la Morería,

T. IV.

El dia que tú naciste
Grandes señales habia !
Estaba la mar en calma,
La luna estaba crecida :
Moro que en tal signo uaco
No debe decir mentira. —
Allí respondió el Moro,
Bien oiréis lo que decia :
— Yo te la diré, señor,
Aunque me cueste la vida.
Porque soy hijo de un Moro
Y una cristiana cautiva ;
Siendo yo niño y muchacho
Mi madre me lo decia,
Que mentira no dijese,
Que era grande villanía :
Por tanto pregunta, rey,
Que la verdad te diria. —
— Yo te agradezo, Abenámara,
Aquesa tu cortesía :
¿ Qué castillos son aquellos ?
¡ Altos son, y relucian !
— El Alhambra era, señor,
Y la otra la Mezquita ;
Los otros los Alixares,
Labrados á maravilla.
El Moro que los labraba
Cien doblas ganaba al dia,
Y el dia que no los labra
Otras tantas se perdía.
El otro es Generalife,
Huerta que par no tenia ;
El otro Torres-Berméjas,
Castillo de gran valia.
Allí habló el rey Don Juan,
Bien oiréis lo que decia :
— Si tú quisieses, Granada,
Contigo me casaria ;
Daréte en arras y dote
Á Córdoba y á Sevilla.
— Casada soy, rey Don Juan,
Casada soy, que no viuda,
El Moro que á mí me tiene
Muy grande bien me queria (1).

Refiérense á aquellos hechos muchas baladas, quizá de origen morisco, en que se compadece á los mismos que un tiempo se maldecian :

Apretada está Valencia,
Puedese mal defender,
Porque los almoravides

(1) Chateaubriand lo ha imitado con mucha gracia :

Le roi Don Juan
Un jour chevauchant,
Vit sur la montagne
Grenade d'Espagne ;
Il lui dit soudain :
Cité mignonne,
Mon cœur te donne,
Avec ma main.
Je l'épouserai,
Puis apporterai
En dons à ta ville,
Cordoue et Séville
Superbes autours.
Et perles fines
Je te destine
Pour nos amours.
Grenade répond :
Grand roi de Léon,
Au More liée
Je suis mariée.
Garde tes présents.
J'ai pour parure
Riche ceinture
Et beaux enfants.